

Introducción

Carlos Espinosa Domínguez

VEINTE AÑOS DESPUÉS DE SU MUERTE, VIRGILIO PIÑERA (1912-1979) está disfrutando de un magisterio que él no sólo nunca se propuso ejercer, sino al cual, por el contrario, siempre se negó. Su obra literaria, que incluye poesía, cuento, teatro, novela, ensayo, ha cobrado además una importancia que en esta última década no ha dejado de crecer. Uno y otro hechos distan de ser fortuitos o debidos a un veleidoso azar. Tras más de una década en la cual sus inéditos dejaron de publicarse, sus obras editadas desaparecieron de las librerías, sus piezas nunca más se representaron; su nombre mismo dejó de mencionarse y fue suprimido de las antologías y panoramas de la literatura —muerte civil, es decir, muerte en vida, llamó Piñera a ese aciago período de silencio y marginación que fue su vida de 1971 a 1979—. Los escritores jóvenes, a quienes se había educado en el desprecio por los creadores que los comisarios de la cultura condenaron «al silencio y la negrura», comenzaron a descubrir, maravillados, a un desconocido autor al que todos conocían y que, hasta entonces, les habían escamoteado (algo similar ha ocurrido por estos mismos años con Gastón Baquero). A partir de 1987, año en que vieron la luz sus primeros libros inéditos, los volúmenes de cuentos *Muecas para escribientes* y *Un fogonazo*, su nombre no ha dejado de estar de actualidad y de disfrutar de una permanencia que augura ser algo más que una moda efímera. Una tras otra han subido por primera vez a los escenarios *La niña querida* y *Una caja de zapatos vacía*, y se han repuesto *Jesús*, *Electra Garrigó*, *El flaco y el gordo*, *La boda*. Cuentos suyos han sido adaptados al teatro y la danza —también al cine— y hasta se montó un espectáculo unipersonal, *¡Oh, Virgilio!*, que tiene al propio Piñera como protagonista, proyectos todos realizados por creadores jóvenes. La más reciente muestra de esta auténtica euforia piñeriana es *Si vas a comer, espera por Virgilio*, de José Milián, el gran suceso de la escena cubana del pasado año, un singular y emotivo homenaje al autor de *Electra Garrigó*.

Se trata, por lo demás, de la reacción que cabía esperar ante una obra que no alcanzó a conocer la difusión y el reconocimiento nacional e internacional que sí disfrutaron otros autores cubanos (pienso, para citar nombres concretos, en Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y José Lezama Lima), pero cuya calidad, riqueza y coherencia es similar a la de éstos. De hecho, esta tardía aceptación general que está conociendo Piñera tiene que ver, y en no poca medida, con que desde sus primeros textos éste fue un adelantado a su época, un escritor de vocación iconoclasta, transgresor de lo convencional, y por eso siempre se le ha comprendido mal. Ahí está, por ejemplo, el escaso eco, cuando no el rechazo, que halló en su momento «La isla en peso», uno de los poemas, lo recordaba Reinaldo Arenas en un magnífico ensayo sobre Piñera, más perfectos y totalizadores, más magistralmente resueltos de toda la literatura cubana, tan rica en buenos poemas. O en las acusaciones de falta de cubanía, europeísta y alejada de nuestra realidad con que fue recibida, cuando se estrenó en 1948, *Electra Garrigó*. Escritor que exploró prácticamente todos los géneros, a Virgilio Piñera se le considera sin discusión como el excelente autor teatral que inauguró nuevos y complejos caminos a nuestra dramaturgia. Se admiten además sus aportaciones y hallazgos en el campo de la narrativa breve. Pero se le niegan o se le aceptan con reticencias sus cualidades como poeta y novelista, y apenas se conoce su labor crítica y ensayística, en donde dejó muestras de su agudeza y sagacidad. Vertientes todas que completan la imagen literaria de quien se consideraba, sobre todas las cosas, un escritor, y que lo harán figurar, como ya empieza a verse, entre los grandes escritores de Latinoamérica.

No hace falta argumentar, pues, por qué *ENCUENTRO de la cultura cubana* dedica a Virgilio Piñera este homenaje en el vigésimo aniversario de su desaparición física. Lo componen cinco trabajos pertenecientes a autores de las últimas promociones, quienes se ocupan de aspectos diversos de su personalidad y su obra. Tres de los mismos, los de Antonio José Ponte, Roberto Uría y Guillermo Loyola, fueron escritos especialmente para este dossier. El de Ernesto Hernández Busto es una versión revisada de su prólogo a la edición mexicana de *El no*. En cuanto al de Abilio Estévez, ante su imposibilidad de podernos enviar a tiempo la colaboración que nos había prometido, éste nos autorizó para que reprodujéramos un texto suyo aparecido en la revista *Letras Cubanas* en 1989, y cuya circulación fue entonces muy limitada. Además de su valor testimonial y literario, su inclusión se justifica por tratarse de un autor que conoció y trató a Piñera en sus últimos años y que reconoce tener con él una deuda de gratitud que difícilmente podría pagar.

Completan este homenaje seis poemas inéditos de Piñera. No figuran en la recopilación de su producción poética que vio la luz en Cuba el año pasado, bajo el título de *La isla en peso*. Están fechados entre 1972 y 1976 y conviene que nos refiramos a las circunstancias bajo las cuales fueron creados. Por decisión de la burocracia y la dirigencia política, Piñera había sido confinado al Instituto Cubano del Libro como traductor de literatura africana de expresión francesa (a él se deben versiones al español de títulos de Henri Lopes,

Ferdinand Oyono, Mongo Betti, Luandino Vieira y Malek Bennabi), labor por la cual ganaba un salario mensual de doscientos veintiocho pesos. Acababa de entrar en los sesenta años y su vejez no podía iniciarse de modo más patético y desolador. Como ha apuntado Antón Arrufat, quien padeció similar situación y que tanto ha hecho por reunir y divulgar la obra de Piñera, «no sólo estábamos muertos en vida: parecíamos no haber nacido ni escrito nunca». Quedaban como refugio las tertulias en casa de amigos como Olga Andreu y Abelardo Estorino, único estímulo que en este período tuvo Piñera para seguir realizando una obra que, por lo demás, fue siempre un acto de terquedad. Era, según cuentan quienes le conocieron, un hombre dotado del don de la conversación y disfrutaba de las charlas de salón. Y aquellas reuniones en las que se retomaba una costumbre provinciana de nuestro siglo XIX, lo rescataban por unas horas de su marginación social. A mediados de 1974, por intermedio de un amigo, llegó Piñera a la casa de la familia Ibáñez Gómez, donde vivían la hija y varios nietos del patriota cubano Juan Gualberto Gómez. Una casa quinta rodeada de árboles, situada en el barrio habanero de Arroyo Apolo. Allí encontró a unas personas, para él un tanto alucinantes, que tenían hábitos nocturnos y adoraban a los animales, y que lo acogieron con un cariño, un mimo y un respeto que creía perdidos. En la terraza de los Ibáñez Gómez, entre tazas de té frío y dulces domésticos y en medio de un cerco vegetal que, para su satisfacción, tenía mucho de decorado teatral, leyó Piñera muchas páginas de su obra inédita. Varios son los poemas que dedicó a sus nuevos amigos: «Un chistoso túmulo», «Un teológico atracón», «Simpático aquelarre», «Pasando la semana» y cinco de los inéditos que aquí publicamos. En algunos casos se trata de deliciosas muestras de poesía de circunstancia escrita con el único propósito de acompañar un regalo o felicitar a alguien por su onomástico. En otros, sin embargo, estamos ante piezas de alcance mucho más trascendente y cuya calidad salta a la vista. Sirven además para llamar la atención sobre el hecho paradójico de que alguien que se consideró siempre un «poeta ocasional» y que desde su madurez no demostró interés por esa parcela de su creación, continuara frecuentándola hasta el final de su existencia («Isla», uno de sus mejores textos de esta etapa, es de 1979).

Hoy, cuando su futuridad literaria está asegurada y cuando tenemos la certeza de que sus cuentos, novelas, piezas teatrales y obra poética lo conducirán «al país del universal reconocimiento», queda la duda de saber cómo Virgilio Piñera hubiera aceptado estos homenajes y recordatorios, esta aceptación general que sólo disfrutaban los mitos. Tal vez con ironía y resignación. O acaso hubiese dicho, como aquel personaje de su poema que está a punto de convertirse en isla: «¿Así que era verdad?»